

nidad y compañero voluntario de las abyecciones, al encontrarse con la tiranía y con el tirano, cogerá la teja para arrancar la laceria de la úlcera.

El que compadece, comprende.

Cuando la mirada no es severa para ellos, la alborada que presenta el horizonte es menos confusa.

La gran verdad nace de la gran disculpa. Quífad el anatema y veréis al punto brillar la claridad.

El pensador vigilante calenturiento, tratando de investigar el secreto supremo, está en vela atento a toda la naturaleza, y comparando el elemento y el destino, confunde en la misma mirada sobre lo humano y profundo los soplos, las casualidades, el coloso, la mosca, el monstruo que se despierta y el astro que se pone, el cambio de una nube en el cielo y el trayecto del error en el alma humana, los lineamientos de que surge lo desconocido y los sombríos principios que los crímenes enrojecen.

La noche que coincide con los Gensésicos, la espada y el cetro, la garra y el diente, el tigre y el asno, el horror babilónico, todo esto lo explican estas inmensas compasiones.

Cuando se ha dejado de malecir, la suerte aparece como un caos tranquilo del que dimana el orden augusto.

Los misterios ante el pensador despojado de su coloso, son el abismo, pero el abismo que se ilumina.

Se reconoce que son bien poca cosa esos tristes Ne-rones conducidos por Palas, para los que Dios es sólo un espectro y los seres humanos no más que una serie de nombres. Esa especie de monte, formado de reinos sombríos, ese edificio espantoso que cada edad construye con atentados, glorias y ruido, y que marcado por surcos sangrientos, hecho bloque con los reyes, sombrías cariatides; ese caos de hechos pasados tristes, repugnantes asquerosos, que recarga la memoria, informe de los tiranos.

Esa gran roca del mal, aluvión de crímenes, pedestal gigantesco de la erguida Némesis, ancho, enorme, ¡buen Dios, una lágrima lo disuelve!

El llanto es sagrado, brota el llanto humano del corazón y el divino del alma.

Desde que examinándonos a nosotros mismos nos resolvemos a buscar el lado perdonable de todo, desde que desechamos las prevenciones, lo real se levanta el velo y sentimos en el pecho latir un nuevo corazón.

Un angel vió un día a los hombres sumidos en la noche y les gritó desde lo alto de su serena esfera: Esperad, voy a traerlos la luz. Volvió y traía de la mano la Piedad.

## IX

Todo se ve a medias. Veamos la otra mitad.

Siempre será una cosa incierta, incompleta, lo que ha de dilucidarse en el banquillo de los acusados.

¿Vamos a hacer el proceso a este hombre? Probemos. Es un tirano. En un inteligencia dormida, el egoísmo ha producido la estúpida indiferencia.

Las dos antorchas humanas, la ciencia y la conciencia no han brillado en su mano ni un solo momento. Su conciencia está muerta, los retóricos han apagado esa llama efímera. No es probable que haya abierto una gramática.

Golpea sin saber nada, porque nada le han enseñado, sólo sabe que veneran el cetro y besan el bastón.

Todos son aduladores y nadie se atrevió a hacer ninguna objeción.

Habla él y todo un pueblo tiembla como una hoja azotada por el huracán, dice: ¡reino!; camina sobre todos y todos se inclinan para que él los atropelle. Aconsejato en secreto por un sacerdote, gritó:

—Soy Dios, y como a un Dios quiero que se me adore y se me ruegue.

Los magistrados han dicho: ¡Pueblo, es tu deber! Un día un loco furioso, deseó ver como los caimanes comían hombres, y los ediles se apresuraron a hacer un palacio de mármol para los cocodrilos.

El universo para él es un inmenso criado.

El bien, lo justo, es sólo lo que el rey le place.

Si se le antoja derramar sangre, la sangre es una gloria, será una púrpura; si desea beberla, se dará gracias a los dioses por la sed que siente Nerón.

La fuerza le aturde con el sonido de sus clarines.

Caifás, teniendo en el corazón a Satanás y a Dios, en la lengua le declara elocuente y bueno y le dirige la palabra. Todos los ruidos que oye le ensordecen; la tierra entera parece en su estupidez conspirar traidoramente para que aquel hombre se extravíe.

El mundo presenta la espalda para sufrir latigazos y dobla la cabeza para que le golpeen. Roma, París, Londres, Moscou, Bacon y su razón, Virgilio con su lira se empequeñecen ante ese enano delirante, adquiere instinto de hiena, y en él es grande el apeíto y pequeño el pensamiento.

Que se levante una voz para acusar a ese hombre y veinte tribunales abyectos se indignarán y su justicia castigará a la verdad augusta, la sombra hará que se encierre a la luz en un calabozo.

Todas las vendas que puede soportar la frente las llevará él, que los cortesanos que a su puerta velan se encargarán de ver si son bastante espesas.

En la paz es feroz, obscuro, abominable; era ignorante y le han agregado la locura: roba, mata, aplasta, extermina, expolia, levanta cadalsos, esperjuro, miente, saquea, extrangula, destruye, incendia tranquilamente; su poder es tromba, terrible y destructora, y, sin embargo, oigamos ahora a sus jueces.

Tácito, ¿tú qué dices? ¿Qué dirás, Juvenal?

El mismo Dios se queda pensativo. El castigo teme ser injusto y el fallo que no puede condenar, no se atreve a absolver.

X

¿Insistes? Pues bien, insistamos. Si, don Pedro degollando niños inocentes es un malvado; Bardas, León el falsario, Valarte. Justiniano cegando a Belisario, Alejandro exponiendo a Calistenes a los leones son espantosos; los Phocas y los Pigmalionos son repugnantes; el sangriento Jerges apaleando las amargas olas, Constantino Cabaliano hacinando a los pies de su caballo pedazos de ojos sacados, Sapor cubriendo de sal una mujer desollada, espantan; Achab atormentador de Miqueo, Didier, Osmar Rathbert, Witiza, Childelbrando, los Conmenos, Miguel Calafati mostrando toda la crueldad que cabe en lo efímero; César atropellando la ley, Nerón asesinando a su madre, dan horror, son viles, son abyectos. ¿Y nosotros? ¿Por qué esos senadores les hablan de rodillas? ¿Por qué ese sacerdote y falsario los incienso? ¿Por qué les obedecemos? ¿Por qué el mundo que puede sacudir el yugo acepta el poder absoluto? ¿Por qué los más numerosos han de ser los más miserables? ¿Cómo puede la tierra maldecirlos después de haberlos formado?

¡Pueblo! Consentir al tirano, es hacerlo.

Sigamos penetrando en esta sombría esfera.

Preguntemos a la esfinge, al enigma, a lo desconocido.

¿Sabemos por ventura por qué nacemos y de qué nacemos? ¿Es nadie dueño de elegir el sitio y la hora de nuestro nacimiento? ¿El feto elige su destino? ¡Y queréis que seamos responsables! ¿De qué? ¿De ser hombre de tal siglo o hijo de tal rey? ¿De ser átomo errante en la obscuridad de tal zona? ¿De haber sido arrojado al nacer en cualquier trono? ¿De haber salido hecho sultán del infinito misterio? ¿Podemos ser acusados y merecemos un castigo por ocupar un sitio en que el negro destino nos colocó, cuando semilla de vida abandonado al viento nos hizo florecer débiles y humildes sobre la tierra? ¿Qué había hecho ese ser inocente para ser

un tirano, un alma negra, para ser el sentenciado siniestro de la historia, para ser un espectro fugitivo, para que todas las iras, para que todas las argollas, todos los cerrojos, todos los cadalsos, todas las visiones sombrías, todos los vuelos de los cuervos y de los buitres, pasen sobre él constantemente? ¿Qué ha hecho para ser Periandro, Busiris, Constantino, Carlos noveno? ¿Para estar continuamente al borde del abismo?

Si él hubiera visto el fúnebre destino que le esperaba, de seguro hubiese huído.

¿No tenía también derecho en esos limbos donde el ser va errante y donde el alma tiembla para caer a la tierra, no tenía derecho, digo, a tener una madre pobre? ¿Mereció acaso ser una terrible excepción? ¡Oh, Dios! Que ciernes a los hombres por los negros agujeros de tu criba y que lanzas al viento el grano predestinado, ¿no tenía derecho ese infeliz recién nacido, como todos los que al nacer van a perderse en el montón, al desván, a los zapatos sin suela, a los harapos que dejan las carnes al descubierto? ¿No tenía derecho a la santa miseria? ¿Era preciso hacerle príncipe y monstruo? ¡Honores pagados demasiado caros! Kremllins, Alhambras, Corona, orgullo de la frente; cetro esplendor de la mano, gradas del trono, brillo, poder, solios, frentes inclinadas, sillones de oro, doseles de púrpura, si él hubiera sabido todo lo que encerráis de negro y de precipicio, hubiera exclamado: ¡Jamás! ¡Jamás!

El niño desnudo que depositan en el umbral del hospicio, ignora que existe esos terciopelos, esas riquezas; pero Dios le bendice.

Es preferible sollozar sin trecho, sin fuego, sin pan, tener frío y comer mal, que ser infante, hijo del Czar o del Delfin. ¡Antes que esto, es preferible ser mendigo pastor, porquero!... El trabajador del muelle que carga fardos sobre su espalda, el titiritero de las plazuelas y el pobre que en las calles canta, aguardando que se le arroje una moneda, los mismos hundidos en los pozos tenebrosos, el negro esclavo que rodea con un andrajo la cadena que le sujeta para no sentir el frío del hierro sobre su carne, estos son elegidos, son los dichosos.

XI

¿Creéis acaso, pensadores, que os apiadáis del repugnante mendigo y del ladrón de los bosques, harapiento y extenuado, que ese bandido no es también un despota? Es el tirano salvaje de la noche; elige la obscuridad y se hunde en ella y se hace el conquistador de los sitios solitarios. El bosque que viola, le ve llegar como Roma miraba a Atila.

¿Creéis que no tiene también sus aduladores? Tiene su hambre que le dice: ¡toma! su sed le dice: ¡mata! la soledad cubierta de maleza que le dice: estás solo, ladrón, eres rey; tiene su grueso palo que le dice: cuenta conmigo; sus fuertes músculos que añaden: nadie puede resistirte, el pasajero tiembla ante tí, con un puñetazo puedes matar a un hombre. Tiene el corazón preñado en odio que le grita sin cesar: No perdones a nadie y sus harapos besan sus crímenes con sus miserables bocas, y acariciando sus manos tintas en sangre, murmuran siempre a su oído: El oro debe tomarse, la sangre se ha de beber, busca oro, conciencia negra, los astros sólo brillan cuando está negro el horizonte!

XII

A los resplandores de la antorcha que mi mano sostiene, ha acudido el hormiguero tenebroso.

Ante mi espíritu sereno y guiado por la equidad, he dado cita a la miseria humana, a la ignorancia, a los humildes o cualquiera que por alma tenga un tragaluz cegado.

Al verlos reunidos, tengo piedad de todos esos semivivos sin nombre; de todos los que el dolor deja sentir su huella; de los mendigos sin vida y de frente entrapajada; del lisiado que tiembla sobre sus muletas; y al considerarlos como de mi familia teniendo todos derecho

a las lágrimas, su único tesoro, he sentido más compasión aún hacia el lisiado del cetro y el ciego de la corona.

La ceguera pesa sobre todos y les rodea; pero sobre todos y sobre sus cráneos planos pesa una diadema de oro. ¡Ay de mí! ¡No saber nada, no ver nada y tener un imperio! ¡Serlo todo sin ser nada! ¡Qué espantosa indulgencia! ¡Qué desnudez más dura, qué abandono más triste, qué coincidencia más digna de perdón que la completa ignorancia y el poder supremo!

### XIII

Hoy diré como Dante; pero con mayor tristeza y voz menos salvaje y estridente: «Si no se me comprende volveré a empezar; ese pueblo es como el agua que se hiende y no se puede profundizar, y repetiré cien veces lo mismo».

La piedad tiembla cuando contra ella se levanta el grito y el dolor del género humano maltratado.

Vosotros, los desconocidos, la irresponsable multitud; vosotros para quienes pasan los minutos inconscientes, felices de ser pequeños y sintiendo el consuelo que da a los vivientes el olvido, no dando un paso que deje señal, no teniendo más cuidados que ver granos de arena, figuráos a ese que no es más que un pasajero y que se considera absoluto, muy alto y muy poderoso! ¡Imagináos lo que es un déspota! Ante su pueblo se estúpida, mientras el pueblo solloza; su grandeza tiene su fundamento en la nada, la enormidad del trono pesa sobre su alma y la aplasta; bajo la planta de ese hombre muere el honor y huye el derecho, la paz es un pantano de vergüenza corrompida; leyes, justicia, religión, todo es bieno.

Para ganar tu proceso, ¿eres Trimalión? Bien. ¿Paga? ¿Eres Friné? Muestra a los jueces tu desnudo seno.

Se aspira a las tumbas lo mismo que a los refugios; la guerra es un tumulto informe, un choque de pasiones, de salvajes instintos y de apetitos feroces; va inconscientemente de batalla en batalla, incendia una ciudad, como si fuera un montón de paja, y la campiña incendiada alumbra los montes. Después huye de él la victoria y le despedaza, pero ya es tarde, porque ha convertido los campos y las ciudades en cementerios.

¿Por qué un desgraciado esté rodeado de poder, de autoridad, de orgullo, de licencia, de lujo, de dicha, no le compadeceréis? ¿Por qué él vive en lo alto y nosotros abajo, porque ocupe la presidencia de la mesa teniendo a la derecha un canciller y a la izquierda un condestable, porque ese desgraciado ebrio se crea Dios, porque por estar en medio de un mundo extraño entre incienso y festines y ejércitos, porque tenga una tiara en la frente, porque ese ser se llame rey, porque haya nacido floridelsada, bendecido, respetado, coronado en una cuna sembrada de abejas, en Versalles, no os moverá a compasión, no tendréis entrañas.

¡Miradlos y veréis cómo están asustados! Los Trastamaras se acechan unos a otros, y cada uno de ellos temblando a su pesar, echa la mano al puñal en cuanto ve que se acerca su hermano; Alonso cambia todas las noches de cama; Luis oncenno enflaquece y tiembla; Enrique octavo hace registrar su lecho a estocadas; Rustain es un bruto que se dedica a matar, y ve en todos los ojos, implacables designios y cree que cuantos pasan por su lado son asesinos.

¿Habéis pensado en el Czar de Moscow? ¿Habéis pensado en el emperador de Roma? ¡Cifra obscura! ¡Negro cero que eres la suma del mundo! ¿Has meditado

sobre la horrorosa suerte del sultán? La capa que le envuelve está adornada con perlas. A través del cristal de su minero corredor, ve un paraíso de interminables alamedas, baños lascivos, pájaros, flores y mujeres desnudas; sobre su turbante lleva una media luna de oro, el astro del eclipse que produce la demencia.

Para llegar a ser déspota, para ser vencedor han empezado por arrancarle el corazón.

Su trono es un matadero, su corte un muladar.

Cien ménstruos blancos y negros guardan su palacio sombrío, y los eunucos del cuerpo aborrecidos por los hombres, y las mujeres guardan al eunuco del alma más despreciable que ellos.

Filósofos, interrogad a las leyes, las costumbres, a las preocupaciones, los perjuicios. Revolved la historia, ese panteón de crímenes, ese sarcófago de las muertas dinastías y encontraréis a todos esos grandes desgraciados, bandidos que aterraron al mundo degollándose desde Constantino el ateo a Isaac el levita; desde Dario de Persia hasta Dusitri el moscovita; de el inglés Eduardo hasta el medo Barazas, que fueron reyes porque nacieron príncipes y que al nacer pueblo hubieran sido forzados.

¿Qué es Carlos noveno? Es Ravailac. Alonso, Sancho y Ramiro, son idiotas de bronce. ¿Qué es Enrique tercero? Un imbécil. ¿Y Ivan? Un insensato. ¿Mourand el tigre del diván? Un frenético. ¡Ay de mí! La ignorancia hace que a estos criminales se les compadezca en los presidios y se les maldiga en los palacios.

#### XIV

¿Y no queréis que digamos basta?

¿Y no queréis que tendamos la mano a estos insensatos y que tengamos compasión de estos desventurados; que pidamos a Dios perdón para los que

nunca perdonaron, y débiles y desnudos cayeron en el abismo sin fondo del poder?

Seamos buenos especialmente para con los crueles. ¡Es tan triste que la bondad tan bella cuando se opone a la maldad se olvide tan fácilmente! El malvado tiene el corazón lleno de amarguras.

Si buscáis a los que sufren no dejaréis de comprender que los gritos de esas almas son los más desgarradores.

Mortales, devolved bien por el mal; responded al odio con el amor.

¿Qué el odio es fragil y durable el odio? Y ¿por qué ha de ser inexorable?

La ley reaparece siempre áspera, sorda y fría. Probad, filósofos, a insurreccionar el pensamiento, la razón, la sabiduría humana y la claridad contra las tinieblas, contra el horror y contra la fatalidad; llama en tu ayuda y mezcla a esos santos que llaman Job, los Esenios, Filón, los Terapéuticos, Voltaire, Diderot, Vico, Beccario, que no tardará en aparecer Satanás con el paria y el infierno no dejará de vomitar, como doble corriente de lava al demonio en el cielo, al escaño en el mundo, el mal en el infinito y la desgracia en la tierra.

Bien está que se compadezca a Jesús, pero debe también tenerse piedad de Barrabás, y es meritorio y loable rehabilitar a Caifás y consolar a Pilatos, pues la mayor de las virtudes la ejerció Sócrates al expirar, siendo benigno con Anitus.

Los más tristes son los que siembran la desolación.

Lloráis cuando veís que Syla forma sus terribles listas; tenéis compasión de los proscriptos, pero no sabéis el aire puro de que disfrutaban, el orgullo que sienten y

la paz sublime de que gozan cuando arrojados por el viento sobre los escollos adquieren la libertad y la grandeza del oleaje.

No dudéis que produce inefable alegría verse perseguido y maltratado por defender la justicia y luchar por la verdad.

No compadezcáis a los proscriptos y mejor será que guardéis vuestras lágrimas para llorar por los perseguidores, que víctimas de mortales insomnios, palidez y desencajados, presta atención y oye la maldición de Pathmos, de Siena o de Sinnamari. Y si logra dormir, ¿qué es lo que sueña? Ve que Tiberio le sonríe, que Bruto le ronda, que Catón se desangra y que Tácito escribe.

Hudson Lovie (1) pesa más sobre los reyes que sobre Napoleón.

Un día el sagrado templo humano, el panteón eclipsará con su augusta sombra vuestros palacios, sombríos antros del mal y el olvido, cubrirá en su helada bruma el negro y extraño hormiguero, mientras el porvenir brillará con esplendidez.

¡Ay de mí! Mientras ese día llega, el hombre sin luz ni guía tomará precauciones para librarse del vertiginoso amor de la fraternidad y sentirá en el pecho estremecimiento extraño que serán los latidos de su corazón.

El hombre humilde o grande, noble o de alma abyecta, palpa la suerte del mismo modo que se palpa una pared en la oscuridad, y teme a la piedad como si fuera un pozo oscuro y prefiere el odio, y por no cogerse a la cuerda de la misericordia se agarra al dogal del mal.

El perdón grita: ¡Amor! ¿Quién es ese desconocido?

Conceder perdón espanta, y esta frase tan sencilla, dulce y clara: Amáos, hermanos, los unos a los otros, es tan profunda que sólo ha sido comprendida por los apóstoles.

Juan Huss estaba atado a la pira, el fuego que bajo él estaba iba tomando incremento; el reo vió que se le acercaba el verdugo de cara monstruosa, espantoso; ab-

(1) Carcelero de Napoleón en Santa Elena.

yecto, ensangrentado, como compañero de la tenebrosa muerte.

Toda la ciudad estaba en los portales de las casas y sobre los tejados, cuchicheando y contemplando la fiesta. Juan Huss vió que se acercaba a él aquel hombre, o por mejor decir, aquella fiera, aquel ser miserable que produce escalofrío. Estaba allí torciendo la boca y con expresión tal que puede decirse que toda su vida se reflejaba en su rostro: la desolación; el duelo, el anatema, la muerte, que le alimenta con sangre de sus pezones, su lecho formado con un madero de horca, su mujer, sus hijos, más malditos que los hijos de los lobos, su casa sombría; sus manos llenas de cicatrices producidas por los hierros candentes que con frecuencia se ve obligado a tocar se levantaron crispadas, los soldados le nombraban y escupían, y él se aproximaba taciturno y avergonzado al contemplar el cadalso; vigilaba cuidadosamente el sitio donde se alzaba la pira y se acercaba para añadir aceite y pez, y colocar bajo los pies del sentenciado una carga de leña.

El removía las brasas mientras el pueblo le miraba con odio, y mientras el pueblo maldecía al abyecto y repugnante verdugo, Juan Huss, a quien el fuego martirizaba horriblemente, levantó los ojos al cielo y murmuró: ¡Pobre hombre!

## XV

Lo he pensado todo y he penetrado hasta el fondo; he puesto lo preciso en frente de lo fatal; no he retrocedido ante el silogismo y he querido que la verdad resalte y triunfe.

He movido dos veces los huesos de Josafat, he reparado el antiguo archivo universal y el enigma parecía que se hundía cada vez más.

He ido del cernit al nadir y los aspectos cambiaban de la estrella a la cloaca, del juez Samuel he ido al juez Eaco, he comparado los duelos, he confrontado y discutido, he tocado el extremo del dilema.

¡Qué desaliento! Entre el niño vestido de púrpura y

el niño desnudo, entre los hermosos palacios en los que todo es lujo y la pobre choza, entre el ilota griego y el César romano, entre el mendigo, fantasma del camino, larva obscura y el rey a quien la multitud aclama, no se sabe a quién llorar. ¡Noche triste!

¿Cuándo desaparecerán todos los infiernos? ¿Cuándo aparecerá la luz del alba, después de tan espantosos sueños? ¡Dios mío! ¿Cuándo lucirá la aurora, la vida, la paz, la alegría, abriendo el cielo que nos convida con la libertad espléndida?

¡Dios mío! ¡romped todas las cadenas! ¡Librad al verdugo del suplicio y al tirano del trono!

En todas partes desde el Ganges al Rhin, desde el Tíber al Amazonas, el hombre sufre, y el amo y el esclavo están cansados; hasta el yugo mismo se queja y todo el mal nace de que no se abren las almas a la verdadera luz.

Hermanos, hace mucho tiempo que vamos por el negro desierto guiados por la casualidad, a ciegas, arrastrándonos y cayendo en terribles lazos.

La repugnante obscuridad en que vivimos ha dado ocasión a todos los delitos de la tierra.

Maldigamos y persigamos sin piedad ni tregua a las tinieblas, pero no a los tenebrosos. Aunque éstos nos han azotado y perseguido compadezcamos su desventura.

Si se hubieran vuelto hacia la claridad, si hubieran podido disfrutar su parte de maná celeste, si hubieran conocido la verdad esos desgraciados, no hubieren sido monstruos ni verdugos.

¡Todos los que ven la luz, la adoran!

Compadezco a Selin, a Heliodoro, compadezco a Calígula, a Ramases, a Achmet, compadezco a todos los Ivanes, compadezco a todos los Domicianos y a todos los Ivanes, compadezco a Vitelio y Magencio; disculpo la locura de Trianon y la locura de Siracusa a los Quengis, los Thamas, a Nerón asesinando a Séneca, a Enrique hiriendo a Moro, a Cosme, Heliograbalo, Omar, Felipe Oseas.

Yo digo a la noche: ¡Responde, acusada!

## EL PAPA

ESCENA PRIMERA

### EL SUEÑO

*El Vaticano.—La Cámara del Papa.—Es de noche.*

EL PAPA, en el lecho.

Por fin puedo dormir.

*Se duerme.*

### PALABRAS EN EL CIELO

¡Oh vivientes, hombres, mujeres, dormid!

¡Tumulto de almas apacíguate! ¡Olvido! ¡Tregua! ¡Malvados, reposad! ¡Basta! Debéis estar hartos de odiar y ha llegado el momento de que empiece la paz de que el mundo necesita.

El corazón divino refleja su resplandor en el corazón del hombre.

El pensamiento se engrandece en las regiones del sueño. La fuente humana está unida al cielo por un rayo de luz.

La vida es una página misteriosa que el hombre lee cuando muere y deletrea cuando sueña.

El sueño es un prodigioso desvanecimiento y en él se oyen voces, pasos y alas; todo se mezcla en él; clamores, suspiros y gemidos; multitudes, apacibles rebaños, alegres enjambres y todo se dirige al fin divino guiado por la mirada eterna.

¡Dormid virtudes, dormid sufrimientos, dormid crímenes, dormid bajo el firmamento azul que sereno os protege!

¡Feliz el hombre que dormiente, comprende que las